

Brunengo: Inseguridad y consumos domésticos. Representaciones y prácticas de protección en clientes de seguridad privada.

Federico Lorenc Valcarce, Mariana Ramos Mejía, Marisa Rodríguez Brunengo.

Cita:

Federico Lorenc Valcarce, Mariana Ramos Mejía, Marisa Rodríguez Brunengo (2007). *Brunengo: Inseguridad y consumos domésticos. Representaciones y prácticas de protección en clientes de seguridad privada. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/277>

INSEGURIDAD Y CONSUMOS DOMÉSTICOS. REPRESENTACIONES Y PRÁCTICAS DE PROTECCIÓN EN CLIENTES DE SEGURIDAD PRIVADAⁱ

Federico Lorenc Valcarce (UBA-CONICET), Mariana Ramos Mejía (UBA), Marisa Rodríguez Brunengo (UBA)

federico.lorenc@googlemail.com

marisarb@sion.com

marianaramosmejia@gmail.com

A partir de un estudio sobre un segmento particular del mercado de la seguridad privada – los servicios domiciliarios para clientes particulares – nuestro trabajo plantea una cuestión que reviste una significación sociológica general: ¿Cuáles son los fundamentos simbólicos de las relaciones económicas? Nuestra hipótesis es que las relaciones mercantiles se apoyan parcialmente sobre las creencias y los sentimientos de los grupos sociales (Bourdieu, 1979; Zelizer, 1978 y 1981). Por otro lado, nos interesa saber cómo se relacionan las prácticas de consumo con los estilos de vida de las personas en sus ámbitos de residencia. Nuestra hipótesis es que la emergencia de una “cultura de la inseguridad” expresa en parte ciertas transformaciones más amplias de los lazos de vecindad (en particular, aislamiento y repliegue sobre lo privado) al tiempo que las consolida (Caldeira, 2000; Low, 2003; Svampa, 2001).

Nuestro trabajo aborda la relación entre las experiencias sociales de la inseguridad y los consumos de seguridad privada en individuos y familias de clase media (profesionales, empleados y pequeños comerciantes). En primer lugar, presentamos un análisis de los diferentes dispositivos de protección (muros, rejas, blindajes, alarmas, vigiladores) y sus variaciones según los distintos tipos de hábitats (barrios cerrados, viviendas individuales y edificios de departamentos). Exploramos asimismo los usos prácticos de la seguridad privada y los rendimientos simbólicos que las personas obtienen de su consumo. En segundo lugar, indagamos de qué manera las familias y los pequeños clientes comerciales se han convertido en clientes de empresas de seguridad privada y cuáles son las razones que esgrimen para explicar este comportamiento. Para dar cuenta de las acciones y de las representaciones de nuestra población focal, nos basamos en 26 entrevistas con clientes particulares de empresas de seguridad privada. Para reconstruir sus prácticas desde otros puntos de vista, nos apoyamos en poco más de 50 entrevistas con empresarios, empleados y agentes de seguridad de empresas privadas de vigilancia. Además, hemos realizado una observación no participante en una agencia de seguridad privada durante una semana completa. Los elementos contextuales pertinentes son reconstruidos a partir del análisis secundario de información elaborada por la Dirección Nacional de Política Criminal del Ministerio de Justicia, la Secretaría de la Competencia, la Desregulación

y la Defensa del Consumidor del Ministerio de Economía, y de la Subsecretaría de Coordinación de Plan Estratégico Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

I. ESPACIOS DE VIDA Y PRÁCTICAS DE PROTECCION

Desde el punto de vista económico, los clientes particulares de la industria de la seguridad privada no representan un segmento demasiado importante: la mayor parte de las empresas de este sector viven de sus relaciones comerciales con empresas y con organismos públicos (Lorenz Valcarce, 2007: capítulo 7). Sin embargo, el consumo de seguridad privada en este segmento se ha incrementado fuertemente en los últimos años: las prácticas de estos individuos y grupos permite, por lo demás, aprender procesos sociales significativos en los estilos de vida.

1. Una red de vigilancia

En los barrios residenciales existen tres tipos de prestaciones de seguridad privada: los vigiladores en garitas, el control de entradas y salidas del domicilio, y las alarmas electrónicas.

En los barrios más acomodados, o en los islotes de relativa prosperidad de los barrios mixtos tan frecuentes en las ciudades argentinas, el número de garitas se ha incrementado notablemente durante los últimos diez años. Los servicios de “serenos particulares” se organizan a partir de cabinas situadas en esquinas: el control visual de las cuatro calles que se sitúan en forma de cruz permite prestar servicio a unas 80 casas individuales. El costo global del servicio – que ronda en promedio los 4 000 pesos – es propuesto por el prestatario a un representante del conjunto de los vecinos: son estos últimos quienes se ponen de acuerdo para distribuir los costos, según criterios negociados en cada caso particular. Si todos participan del financiamiento, el costo desciende a unos 50 pesos por hogar; los testimonios indican que, en general, entre 40 y 60 vecinos participan del financiamiento de este “bien público”.

En la mayor parte de los casos, los vigiladores de las garitas no portan armas. Esto es más frecuente cuando la zona en que se halla el servicio es definida como “calientes”, lo que suele ser traducido por cercanía con una villa miseria o con un estadio de fútbol. En general, los vigiladores controlan el movimiento de las personas y de los vehículos de acuerdo a una lógica preventiva:

Esto, en realidad, es una actividad preventiva, entonces lo mejor es buscar la prevención, y esa prevención se hace, como les contaba antes, cuando entran dos personas sospechosas en la zona, caminando, qué sé yo, ya se empiezan a avisar entre los vigiladores: ‘Mira, hay dos, no me gusta la pinta, fijate’; ‘Doblaron para tu cuadra, ahora van a entrar’. Entonces eso genera que el que va caminando, pone un pie en la cuadra, y el vigilador sale de la garita y los mira fijo a ellos. Y bueno, ya le llama la atención. Otra vez doblan y les pasa lo mismo. ‘Ah bueno, listo, acá nos recontra delataron, vayámonos’

(...) Tenemos varias zonas en las cuales realmente trabajan tipo barrios cerrados, porque todos los accesos a esas zonas tenemos vigilancias nuestras, al estar bien comunicados todos, bueno entra un auto medio sospechoso, un auto que no es del barrio, entonces, ya se van avisando los vigiladores: 'hay va un auto que es así, así y así'. Entonces ya el vigilador sale a recibirlo. Entonces, ya el que entra en un auto con fines sospechosos, y ni bien dobla ve que el vigilador medio lo va a buscar, o lo está esperando, dice: 'Acá, ya acá sorpresa no tenemos' y la sorpresa es el elemento fundamental para el robo, si no hay sorpresa no hay casi robo. Si yo te digo: 'Mañana, a las 10 de la noche, vamos a ir a asaltar tu casa', y bueno vos vas a hacer tantas cosas que, en realidad, va a ser imposible. Esto es lo burdo del factor sorpresa. Lo mismo pasa si el que va a robar, ni bien puso un pie en la cuadra, está el vigilador esperándolo. Dice: 'Upa'. Hace dos cuadras más, y otra vez sale el vigilador a buscarlo. Bueno, saben ya que ellos son autos sospechosos y que en unos minutos nada más va a estar el patrullero deteniéndolos, revisándoles todo el auto, y revisándolos a ellos (D. S., propietario de una empresa de vigilancia).

Más allá de la función general de "mantenimiento del orden" y de control de la circulación en los espacios en que tiene lugar el servicio, la seguridad privada persigue el fin de evitar el ataque deliberado de individuos que intentan producir algún tipo de ataque contra los bienes o las personas protegidos. La "racionalidad anticipatoria" de los dispositivos de seguridad se apoya, por lo demás, en un presupuesto acerca del comportamiento de los potenciales agresores: el "delincuente" es definido como alguien que procura evitar lugares fuertemente protegidos y que intenta buscar los puntos vulnerables para perpetrar su intención delictiva. Nada indica que los delincuentes actúen siempre de este modo (Kessler, 2006), pero esta creencia constituye un fundamento de la actividad de las empresas de seguridad privada; sirve, por otro lado, para legitimarla frente a los clientes.

Un segundo tipo de servicio de seguridad privada en los barrios residenciales es el control de ingresos y egresos de las personas. Tanto los prestadores como los consumidores de seguridad privada creen que estos momentos son sumamente riesgosos, puesto que constituyen ocasiones propicias para quienes busquen asaltar, secuestrar o tomar rehenes en búsqueda de robar una casa. Por esta razón, una prestación particular para hacer frente a este riesgo se ha generalizado en los últimos años: se trata de vigilar el momento en que el cliente entra o sale de su casa, normalmente en auto, muy temprano por la mañana o luego del atardecer. En el momento de entrar o salir, el cliente llama por teléfono a la empresa que le ofrece el servicio: cada cliente tiene un código personal – con el cual su ficha puede ser identificada – que debe comunicar al encargado de la base, que enviara luego a un agente (normalmente armado). El cliente y el operador se ponen de acuerdo sobre el tiempo preciso en que el evento tendrá lugar; el agente se desplaza en auto y estaciona delante del domicilio del cliente; espera que el hecho se produzca y luego regresa a la base. Este servicio exige una cierta proximidad entre el local en que funciona la empresa prestataria y las casas que consumen el servicio: el servicio implica la utilización de automóviles para realizar los desplazamientos. Una empresa que hemos estudiado en detalle tiene más de mil clientes de esta modalidad en un

barrio de clase media del conurbano bonaerense y brinda servicio en un radio de cinco kilómetros. Cada cliente tiene el derecho de llamar hasta diez veces por día y la tarifa varía entre 35 y 50 pesos, según la relación comercial que une al prestador y al cliente. El servicio es relativamente accesible y sirve como sustituto de las garitas cuando no existe el volumen necesario de clientes para poder hacer frente al gasto de su funcionamiento, con frecuencia porque los vecinos no han logrado ponerse de acuerdo. También sucede que familias de recursos relativamente modestos pueden procurarse de esta manera un servicio que hace unos años era solo accesible a las clases más acomodadas.

Un tercer tipo de servicio es brindado a través de alarmas electrónicas conectadas a una central de monitoreo. En las viviendas individuales, como también en los pequeños comercios, existen sensores que permiten proteger el perímetro y las salas a través de un dispositivo que se dispara en caso de una intrusión indeseada. Este dispositivo puede ser utilizado durante la noche, o durante la ausencia de los residentes, a través de un mecanismo automático; si los usuarios se encuentran dentro del local, pueden activar el sistema a través de un pulsador. Cuando un evento se declara, la central de monitoreo recibe una señal: los agentes de monitoreo llaman al cliente para verificar si todo está en orden. El cliente debe responder y dar un código. Si no hay respuesta, la empresa envía un móvil que verifica el estado del sitio y, en caso de ser necesario, llama a la policía.

En paralelo con el desarrollo de los servicios de vigilancia privada en barrios residenciales, durante los últimos años se ha generalizado la presencia de guardias uniformados en los edificios de departamentos. Como sucede con otros servicios comunes, este servicio se distribuye entre los residentes con lo cual el costo individual varía según el número total de departamentos; en muchos casos, la relación contractual tiene por intermediario al administrador del consorcioⁱⁱ. En un edificio ordinario, con un solo acceso, el servicio de vigilancia es asegurado por un agente de seguridad privada: si es un servicio de 24 horas, normalmente hay dos trabajadores con turnos de 12 horas durante los días de semana y un tercero que realiza los remplazos durante los días francos de los titulares; la tarea fundamental de estos agentes es vigilar el ingreso y el egreso de personas, tanto residentes como visitantes varios (repartidores, amigos, conocidos, cobradores, etc.). Es en el marco de una gestión global del tráfico de personas que el dispositivo procura evitar las intrusiones violentas o los ataques delictivos.

Radicalizando la tendencia a la incorporación de guardias de seguridad en los edificios tradicionales, los nuevos emprendimientos residencialesⁱⁱⁱ integran en su propia construcción una serie de dispositivos en el marco de una gestión integral de riesgos. Las rejas perimetrales, la garita fija, el estacionamiento, la piscina y el supermercado forman parte del conjunto de objetos de consumo que acompañan la “renovación urbana” en curso desde los años 1990. En estos ámbitos residenciales, el guardia de seguridad y el tradicional encargado de edificio controlan la circulación de

personas y objetos. Muchas veces existe también un sistema de vigilancia con grabación de imágenes a través de una cámara de seguridad, que no siempre es falsa. En todo caso, las fronteras con el exterior se hacen más marcadas y las personas que provienen del exterior son consideradas como fuentes potenciales de amenaza a la seguridad de los residentes. La clausura social sobre el espacio doméstico es así consagrada por la disposición de barreras físicas.

2. Burbujas de seguridad

Desde los años 1980, un proceso de sub-urbanización de las clases medias y superiores se ha puesto en marcha en las principales ciudades argentinas. Gracias a la construcción de autopistas que unen desde entonces los centros de trabajo con los nuevos ámbitos de residencia, cuyo caso paradigmático es Pilar, y por iniciativa de diversos actores del mercado inmobiliario, los antiguos “clubes de campo” – que albergaban las casas de fin de semana de las elites desde los años 1930 – se convirtieron en lugares de residencia permanente (Svampa, 2001: 54-60). Junto a esta transformación de los viejos *countries*, se produce la emergencia de nuevos emprendimientos – los barrios privados o barrios cerrados, más pequeños y menos exclusivos – destinado a albergar a una fracción ascendente de la clase media que abandona la ciudad – y los conflictos de la vida urbana – en un contexto de profundización de las desigualdades sociales, dislocación entre las fracciones ganadoras y perdedoras de las clases medias, y aumento de los valores de los indicadores objetivos y subjetivos de “inseguridad”.

Las urbanizaciones cerradas constituyen una objetivación de los cambios en los modos del habitar de ciertos grupos sociales, que han abandonado la ciudad para iniciar una nueva vida en “contacto con la naturaleza” y con “seguridad”^{iv}. Los cercos perimetrales y los guardias de seguridad son barreras que protegen a las personas de adentro, al mismo tiempo que conjuran los riesgos provenientes del afuera. Como en cualquier ámbito privado, la función de los dispositivos de seguridad es impedir el acceso no deseado de las personas ajenas a este espacio reservado, tanto como disuadir a aquellos que tienen la intención perpetrar un ataque contra los bienes o las personas que se hallan dentro de este territorio fortificado.

Un estudio privado indica que existían 456 urbanizaciones cerradas en la región metropolitana de Buenos Aires. Los emprendimientos se distribuyen de la siguiente manera: 280 barrios privados – conjunto residenciales de una superficie media de 30 hectáreas –, 132 « *countries* » – localizados en terrenos de un promedio de 100 hectáreas y con una desarrollada infraestructura colectiva para la práctica de deportes –, 36 « clubes de *chacras* » – grupos de pequeñas parcelas de entre 2 y 3 hectáreas cada una – et 8 « pueblos privados » – verdaderas ciudades de una superficie media de 700 hectáreas^v. Todos estos centros residenciales disponen de personal de vigilancia, pero el número de guardias necesarios varía según el tamaño del sitio. Según los empresarios de seguridad privada que hemos entrevistado, los

countries más grandes pueden emplear un total de 50 guardias repartidos en dos o tres turnos, mientras los más pequeños barrios privados pueden llegar a emplear cuatro o cinco guardias.

Además del tamaño del servicio, es pertinente saber el tipo de función que desempeña la vigilancia y como los servicios de protección se integran en la morfología de los espacios vigilados. La siguiente descripción es frecuente entre nuestros entrevistados:

- Un barrio privado requiere de gente muy preparada, un barrio privado requiere personal, antes que de seguridad, administrativo. Porque es el control de proveedores, visitas, personal doméstico, personal de mantenimiento. Yo tengo el country L. desde hace 5 años, y ahí hay 2 000 viviendas, así que fijo tenemos 5 000 personas fijas en el lugar, más otras 2 000 personas de personal de mantenimiento o doméstico, más los fines de semana unas 10 000 personas de visita, o torneos, si no estás preparado para eso... no estaría hace 5 años.
- ¿Y cuanta gente tiene ahí?
- En un country como ese tengo 45 personas (J. Z., propietario de una agencia de seguridad privada).

Como en otros casos, existe una estructura compleja y un movimiento permanente de personal de servicio, residentes y visitas. Por lo tanto, la gestión de la seguridad debe hacer frente a una serie de riesgos multiformes: la amenaza no proviene solamente del exterior, sino del propio interior del espacio protegido. Por esta razón, la vigilancia del perímetro y el control de los accesos son tan importantes como las rondas internas. Estas rondas se realizan a pie, en bicicleta o en pequeños vehículos internos: se trata de observar que nada perturbe el orden privado del centro residencial.

La vida en este tipo de hábitat se organiza alrededor de algunos patrones básicos: el verde, la familia, la seguridad. A medida que nos alejamos de los tradicionales *country clubs* acercándonos a los más recientes barrios privados, que es al mismo tiempo una desplazamiento de las clases superiores más antiguas a las clases medias en ascenso, el verde – asociado al tenis y la piscina, incluso el polo y el golf – cede su lugar de privilegio a “la seguridad” (Svampa, 2001: 88-89, 94). Todos estos ámbitos se organizan según un principio de protección privada y de construcción de fronteras objetivas con el exterior. En el seno de estos “guetos dorados”, la vida es más libre, los niños más autónomos y las relaciones sociales más relajadas. Desde el punto de vista de la gestión de la seguridad, el elemento común a todos los tipos de urbanización cerrada es que se trata de territorios cercados por dispositivos mecánicos, electrónicos y humanos de protección.

Las formas sociales de ocupación del espacio geográfico se transforman de manera profunda, tanto en los países centrales como en los de la periferia. La emergencia de “enclaves fortificados” es uno de los elementos salientes de esta transformación, que

es acompañada por una profundización de la fractura social. El surgimiento de centros comerciales y residenciales de difícil acceso para las categorías sociales desfavorecidas, pero también de edificios de oficinas o de universidades privadas que calcan el mismo modelo, acompaña transformaciones más generales en las prácticas de trabajo y de consumo, en un marco en el que la seguridad ocupa un lugar central. Clifford Shearing y Philip Stenning han agrupado todos estos nuevos espacios de vida bajo la categoría de propiedad privada de masa y han vinculado el nacimiento de la seguridad privada de tipo mercantil a este tipo de organización de las relaciones sociales: la particularidad de estos lugares es que son ámbitos privados de acceso público, es decir territorios en los que se plantean problemas de seguridad pública que deben ser gestionados por el titular de la propiedad privada. De hecho, la seguridad privada tiene su justificación jurídica en el derecho de propiedad que autoriza al titular a ejercer allí una cierta “soberanía” (Shearing y Stenning, 1981 y 1983).

3. Clivajes socioeconómicos y modos de protección

Las posibilidades de acceso a los servicios comerciales ofrecidos por la industria de la seguridad privada no se distribuyen de manera homogénea según los grupos sociales: en efecto, las prácticas varían según los recursos económicos de las familias y las representaciones que sus miembros se hacen de las distintas tecnologías de protección. Estos recursos y estas preferencias cambian según las clases sociales, pero también según el lugar de residencia y el tipo de vivienda.

Según una investigación sobre los gastos de los hogares realizada por el INDEC en 1997, alrededor de 500 000 personas – 2 % de la población – tenía “seguridad privada en su departamento”, lo que corresponde a aproximadamente el 10% De las personas que residen en este tipo de hábitat^{vi}. Un estudio realizado en 2000 muestra que el 27% de los edificios de departamentos de cinco pisos o más situados en la ciudad de Buenos Aires tenía en ese momento un servicio de seguridad privada: 60% de estos departamentos disponen solamente de vigilancia nocturna, el 40% durante todo el día^{vii}. Aunque los hogares con seguridad privada no sean muy numerosos, la muestra permite aprehender las propiedades relacionales que los separan de los hogares que no tienen: los hogares con mayor volumen de capital económico y de capital cultural que se ubican en los barrios centrales de la ciudad son los que con más frecuencias de servicios de seguridad privada. En efecto, el ingreso medio de los hogares con seguridad privada era de 2 204 pesos contra 1 115 de los hogares que no tienen; en lo relativo al capital cultural, 44% de los jefes de hogar con seguridad privada poseen un diploma universitario o terciario, mientras que el 71 % de los jefes de hogar de las viviendas sin seguridad privada carece incluso de título de estudios secundarios.

Un estudio realizado en 1999 por los investigadores de la Dirección Nacional de Política Criminal muestra que el 5 % de la población del gran Buenos Aires – es decir,

alrededor de 560 000 personas – tenían entonces servicios de vigilancia prestado por guardias de seguridad. Sin embargo, existen variaciones según las distintas zonas: hay mayor presencia en los barrios acomodados del noreste de la capital (15%), en San Isidro (11%) y en Lomas de Zamora (17%).^{viii} En estos últimos casos, la riqueza relativa es aun más remarcable dada la cercanía de grupos de población de condición popular. Allí, la presencia de vigiladores es sumamente visible y ha sido el ámbito en que hemos realizado la mayor parte de nuestro trabajo de campo, tanto las entrevistas como las observaciones. En la misma encuesta, 6,5% de la población de la aglomeración de Buenos Aires – alrededor de 750 000 personas, es decir, unas 220 000 casas – decía tener una alarma electrónica contra la intrusión de extraños.

Un trabajo similar realizado en 2000 para el conjunto de las principales ciudades argentinas muestra que las familias elaboran diversas estrategias para hacer frente a los riesgos criminales:

Mecanismos de protección en el hogar (grandes ciudades argentinas, 2000)

MECANISMO	Frecuencia en %
Rejas	32,9
Ninguna	27,4
Cerraduras especiales	12,7
Perro guardián	10,2
Alarma	8,8
Autoprotección con vecinos	4,7
Vigilador	1,3
Medianera alta	0,8
Puerta blindada	0,1
Arma de fuego	0,1
Vigilancia CCTV	0
Iluminación automática	0

Fuente: Dirección Nacional de Política Criminal

La primera respuesta a la pregunta sobre los mecanismos de protección no solo expresa la existencia material de un objeto, sino también el hecho de que las personas definan tal objeto como un dispositivo de seguridad. Por lo demás, estos datos se aproximan notablemente a los que han sido relevados en una investigación sobre la región de Buenos Aires realizada en 1999 à Buenos Aires: rejas 26,8%, perro 19%, cerraduras especiales 14%, alarmas 6,5%, vigilador 4,9%, autoprotección con vecinos 4,9% y medianera elevada 3,9%. Asimismo, 18,3% de las personas declararon no tener ningún mecanismo de protección.

Más allá de que muestra la presencia relativamente más elevada de vigilancia física en el área de Buenos Aires, este estudio tiene la ventaja de introducir variables

independientes que permiten aprehender las variaciones sociales en los usos de dispositivos de protección. Según las correlaciones establecidas, no existen variaciones significativas según sexo y clases de edad: esto resulta coherente dado que el hogar es la unidad de producción de seguridad. Al contrario, las diferencias según zonas y niveles de ingreso son más marcadas: en primer lugar, solo 7,6% de las personas de clases superiores carecen de mecanismos de protección, contra 15,2% de las clases medias y 26,5% de las clases populares. Las “preferencias” de ciertos tipos de mecanismos también varía según los grupos sociales: los perros guardianes (21,7% contra 18,5% de las clases medias y 14,4% en las clases superiores) y los muros elevados (4,3% contra 3,8% y 3,0%) son más frecuentes en las clases bajas, mientras que las cerraduras especiales (18,6% contra 16,9% y 10,7%), las alarmas (14,9% contra 6,6% et 2,3%) y los vigiladores (9,1% contra 5,0% y 2,9%) son más frecuentes en las clases altas. Esto muestra que existen mecanismos que, por su precio, solo son accesibles a quienes tienen un cierto poder adquisitivo. Más allá de las diferencias de ingresos, las distintas zonas de la ciudad se caracterizan también por diferentes tipos de residencia que imponen límites morfológicos a ciertos tipos de dispositivos: en las zonas centrales de la ciudad, en las que la proporción de edificios de departamentos es más elevada, las rejas y los perros guardianes son menos frecuentes que en los barrios del oeste, del sur y del conurbano. Al contrario, las paredes altas son más frecuentes en los barrios en los que las viviendas individuales son mayoritarias.

II. ASPECTOS SUBJETIVOS DE LAS PRÁCTICAS DE CONSUMO

Acabamos de ver como los mecanismos de protección se inscriben en una doble determinación objetiva: por un lado, los dispositivos se adaptan a las particularidades morfológicas de los ámbitos de residencia; por otro lado, el acceso a los bienes y servicios está determinado por las condiciones materiales de existencia de las distintas clases sociales. Ahora bien, el consumo de seguridad privada se inscribe también en un contexto subjetivo: por un lado, las motivaciones de los actores se apoyan sobre sentimientos y creencias; por otro lado, el uso de la seguridad privada tiene consecuencias sobre los estados subjetivos de las personas.

1. Entre la ganancia y el miedo

El consumo de bienes y servicios de seguridad privada por parte de las empresas muestra que la incorporación de estos dispositivos en la organización tiene un fundamento racional ligado a la naturaleza de actividad económica (Lorenc Valcarce, 2007: capítulo 7). En el otro extremo encontraremos a los hogares, que recurren a la seguridad privada en un marco simbólico fuertemente cargado por la sensación de inseguridad. En una zona intermedia se sitúan distintos tipos de emprendimiento: los centros comerciales y residenciales son empresas que buscan gestionar racionalmente los procesos que tienen a su cargo, pero que deben sin embargo tomar en consideración las expectativas de sus clientes; lo mismo sucede en ciertos

comercios, donde la protección patrimonial se articula con la voluntad de crear un ambiente favorable para los visitantes. Aquí abordaremos, en particular, la perspectiva de los pequeños comerciantes.

La mayoría de los pequeños comerciantes que hemos entrevistado disponían de servicios de alarma monitoreada, a veces combinado con mecanismos más o menos informales de vigilancia humana. En todos los casos, el hecho de convertirse en cliente de unas empresas de seguridad privada está enraizado al mismo tiempo en una lógica económica y en una lógica de prevención de riesgos. Consideramos un caso para mostrar la manera en que los clientes estructuran esta decisión Emilio heredo de su padre un negocio de electrodomésticos de alrededor de 1 000 m² y 25 empleados en el conurbano bonaerense. En el momento de la entrevista, estaba evaluando la posibilidad de contratar un servicio de seguridad privada. Ahora bien, contratar seguridad privada no es una cuestión de todo o nada. De hecho, hace más de diez años que el negocio de Emilio cuenta con un dispositivo de protección electrónica a través de alarma, que remplazo en su momento al antiguo sistema de alarma sonora que había tenido desde comienzos de los años 1980. Por otra parte, siempre ha habido alguien que se encarga de vigilar las puertas de acceso y el movimiento de las personas en el interior del local: muchas veces, el propio Emilio o alguno de sus hermanos. Hace pocos días, una representante comercial había venido a ofrecerle el servicio de vigilancia de una pequeña empresa de seguridad privada. Aunque tiene una vasta experiencia de trato con proveedores y clientes, Emilio no tiene mayor experiencia *específica* con este tipo de servicios. Por lo tanto, tiene muchas dudas. La cuestión se le plantea de la siguiente manera. En primer lugar, no sabe si puede confiar en alguien que no conoce et que estará al tanto de los movimientos y el funcionamiento general de su negocio. Piensa que podría hacer circular varios agentes de seguridad, pero si el conocimiento “estratégico” se volvería así menos profundo, el número de personas que conocen al menos algo se volvería mucho más grande. En segundo lugar, encuentra pocas ventajas económicas en el hecho de contratar una empresas de seguridad que le cobraría 2 500 pesos por mes para tener un guardia durante las horas de apertura del local, mientras el podría destinar uno de sus empleados a esta tarea por la mitad de ese precio o seguir encargándose de la vigilancia de manera difusa, como lo ha hecho hasta ahora. En tercer lugar, no sabe si contratar una agencia de seguridad, un policía retirado o un empleado propio que podrá ser destinado exclusivamente a tareas de vigilancia. En síntesis, la elección de contratar un servicio de protección se organiza según diferentes criterios: la confianza en la confiabilidad del servicio, sus ventajas económicas y las diferentes alternativas socialmente disponibles para abordar el problema de la seguridad.

El caso de Darío no es muy diferente del de Emilio. Joven propietario de un local de venta de productos eléctricos, tiene también una larga historia de consumo de alarmas que va desde los primeros dispositivos que solo hacían sonar una sirena hasta los más recientes sistemas monitoreados. Darío cuenta con un conocimiento

fino que le permite establecer diferencias cualitativas entre los distintos tipos de servicios y evaluar su pertinencia en función de los costos: recientemente, ha remplazado un servicio directamente conectado a la policía por un servicio de monitoreo con “acuda”^{ix} propios de la empresa de seguridad, que le garantizan una rápida presencia en caso de urgencia. El valor que le atribuye a la rapidez le ha hecho elegir una pequeña empresa del barrio, porque se encuentra a solo 200 metros del local. En su caso, el uso de redes personales le ha permitido obtener información sobre la existencia y la calidad de los servicios disponibles:

Bueno, pasó con un proveedor nuestro que intentaron vaciarle el depósito y la gente de Prosegur había evitado con el llamado telefónico y el servicio de las motos, nos contó eso, nosotros llamamos a ADT para preguntar si ellos también ofrecían eso, nos dijeron que no lo tenían y decidimos pasarnos. Pedimos presupuesto en Prosegur, plata por plata era lo mismo y estábamos hablando ponéle que de 10 pesos más y entonces nos pasamos al otro equipo. Dimos la baja en ADT y solicitamos el otro equipo. Sí Prosegur nos cobró 300 pesos de instalación de equipo, pero como ya habíamos visto que el otro servicio no era tan efectivo, bueno, pagamos la diferencia y pusimos el equipo (D., comerciante, 34 años).

En este caso, el servicio de alarma tiene por fin principal el de evitar que roben el local durante la noche, los fines de semana o en los horarios en que permanece cerrado. Por el contrario, el dispositivo no tiene ninguna eficacia contra los robos a mano armada: además, Darío no está dispuesto a usarlo en un caso como ese. Por eso mismo no ve ninguna ventaja en tener un vigilador parado delante de su negocio: además, considera que es caro y que ofrece a los potenciales ladrones señales de que en ese lugar hay movimiento de dinero. Sin embargo, Darío estaría de acuerdo con tener un servicio común de vigilancia junto con los otros comerciantes de su calle. Esta posibilidad no es ajena a otros comerciantes, de otros barrios y otros rubros:

- No, pero estuvimos hablando con los comercios vecinos de, en algún momento, de ponernos de acuerdo entre todos, la de al lado, la del frente, como para pagar algún tipo de seguridad.
- Y en ese caso, ¿en qué tipo de servicio de seguridad pensaron?
- Pensamos o en una persona o en algo por lo cual pudiéramos estar todos comunicados (R., propietaria de un salón de belleza, 30 años).

Para este tipo de clientes, el principal objetivo consiste en proteger sus bienes materiales sin poner en riesgo la seguridad de las personas. Po resta razón, la mayoría se opone a la presencia de vigiladores armados:

Básicamente lo que me parece bien es la prevención. Tampoco a mí nunca me interesó en el caso de que hubiera un policía o alguien que si pasa algo dentro de mi comercio, también vienen muchos chicos, es peligroso...No me gustaría que se haga una balacera, pueden lastimar a una persona. Mientras sea prevención, todo te ayuda (V., propietario de un local de deportes, 27 años).

En otros casos, la aversión para con los guardias privados no se debe al riesgo de violencia física, sino más bien a una desconfianza más general:

Está todo tan confuso en este momento, que uno no sabés si estás contratando alguien que te cuida o que va a manejar después un montón de información sobre vos... No sabés si es una persona honesta o no. Eso mismo se aplica a la policía. No podés confiar de que realmente te van a proteger (W., propietario de una casa de artículos para el hogar, 42 años).

Esta desconfianza es muchas veces un obstáculo para convertirse en cliente de una empresa de seguridad. En otros casos, los clientes se involucran de todos modos en este tipo de intercambio, aun sabiendo – no sin cierta dosis de cinismo – que involucra un componente « mafiosa », en el sentido de que se paga por protección, mas no sea para evitar ataques de parte de aquellos que ofrecen el servicio.

El servicio de alarmas es, pues, el más frecuente entre los pequeños comerciantes. Estos clientes tienen limitaciones financieras para pagar un servicio de vigilancia humana y prefieren, en todo caso, compartir con sus vecinos los gastos de un servicio de vigilancia colectivo, brindado a veces a partir de una garita. En la mayor parte de los casos, el servicio les es ofrecido por el prestatario: en efecto, las empresas de alarmas y, cada vez más, las de vigilancia apuntan a este tipo particular de clientes.

2. Una vida tranquila

Hay dos tipos principales de clientes particulares de servicios de seguridad privada: por un lado, los habitantes de casas individuales que – sea que posean una alarma o un servicio de vigilancia – han participado, de una manera o de otra, en la decisión de contratar a una empresa de seguridad y tienen, por lo tanto, una motivación más o menos consciente que logran en ciertos casos verbalizar: por otro lado, los habitantes de inmuebles colectivos – sea de edificios de departamento o de barrios cerrados – han frecuentemente encontrado los dispositivos de seguridad ya instalados y, en muchos casos, han simplemente tomado en cuenta este “dato” a la hora de elegir su vivienda o decidir una mudanza. En el primer caso, es posible reconocer las secuencias que llevaron a establecer el vínculo comercial con una empresa de seguridad, mientras que en el segundo debemos conformarnos con identificar los motivos que llevan a los individuos a elegir una residencia protegida.

Al presentárseles la posibilidad de contratar un servicio de seguridad, los habitantes de barrios residenciales tradicionales dan testimonio de dos tipos de prácticas. Por un lado, justifican su elección en función de la « inseguridad ambiente » que justifican de diversas maneras: “era una época difícil con toda la cuestión de los secuestros” dice Emilio, el comerciante antes citado, que también cuenta con un servicio de vigilancia en su residencia particular. El testimonio de un funcionario jubilado, que ha

participado del proceso de instalación de un servicio de vigilancia en garita en su barrio, apunta en la misma dirección:

Hubo una reunión de vecinos por los hechos que ocurrían, no en el vecindario en sí, sino por la situación que se presentaba en el país de la inseguridad. Entonces hubo varias reuniones entre los vecinos, y se resolvió poner la casilla. Había que buscar el lugar, coincidió el lugar justo enfrente de la esquina donde estoy yo, poner la casilla (R., empleado público, jubilado, 76 años).

En este caso, el “imaginario de la inseguridad” – que puede ser definido como el sistema de sentimientos y representaciones que se organiza en torno a las posibles amenazas exteriores, sobre todo de tipo criminal – recubre las prácticas sin estar directamente anclado en experiencias personales de victimización. Estas contribuyen, en todo caso, a dar asidero a una visión más general de un riesgo omnipresente.

La ausencia de un servicio policial satisfactorio – incluso el hecho de haber recurrido a la comisaría local sin encontrar una respuesta a las demandas de protección – es señalada como una de las razones que llevan a la contratación de un servicio particular de vigilancia:

Tuvimos un lamentable hecho particular cuando vinimos a vivir. O sea, en cuanto a robo, no de daño personal. Y después con eso quedamos un poco marcados. Con el tiempo vimos, como venía avanzando todo, que era lo más adecuado ya que las autoridades no podían, o no tenían como darnos la seguridad, lo afrontamos entre los vecinos. Charlamos entre varios vecinos que teníamos las mismas inquietudes, empezamos a averiguar, costos, como se podía organizar, y así empezó, empezamos prácticamente nosotros. Y muchas cuadras del barrio, vecinos, se fueron adhiriendo porque vieron que se vivía un poco mejor, con una mejor calidad de vida (R., contador público, jubilado, 73 años).

En este tipo particular de hábitat, la incorporación a las transacciones mercantiles de servicios de seguridad supone una cierta coordinación de la acción de varios individuos que actúan como representantes de sus grupos familiares. La contratación de un servicio reviste la forma de una “movilización colectiva”: un individuo o un pequeño grupo de iniciadores, sensible al problema de la seguridad, entrevén una respuesta que luego proponen compartir a sus vecinos; otros grupos se incorporaron luego y el movimiento se expande a las zonas adyacentes, muchas veces por vía de la imitación o de la recomendación. La mayor parte de nuestros entrevistados dicen haber seguido un movimiento de este tipo, sin conocer claramente cuáles fueron sus orígenes:

Bueno, no a mí no se me ocurrió. En esta cuadra robaron varios autos y hay un comercio en la otra cuadra y lo robaron, y entonces organizaron una reunión, fuimos los vecinos, la mayoría dijo que sí y punto (J., jubilado, 69 años).

En algunos edificios de departamento, sobre todo en los más antiguos, las cosas no se desarrollan de un modo demasiado diferente. En algunos casos, los vecinos organizan reuniones para buscar una solución a problemas de seguridad que se les

aparecen como urgentes; en otros casos, el administrador les propone incorporar un vigilador como parte del conjunto de prestaciones comunes. La iniciativa y las características del proceso de toma de la decisión varían según el grado de “democracia” de cada uno de los consorcios. En todo caso, existe un cierto tipo de movilización: como en todas las movilizaciones, hay iniciativas que fracasan.

Al contrario, los edificios de construcción reciente y, sobre todo, en los barrios cerrados, tienen una morfología que reclama la presencia del guardia de seguridad privada, así como dispositivos electrónicos y ópticos de vigilancia: garita, cámara y alarma perimetral forman parte de la arquitectura de estos emprendimientos. Cuando se interroga a los residentes de este tipo de vivienda sobre las razones que llevaron a contratar un servicio de seguridad, siempre se obtiene la misma respuesta: no participaron de la decisión, que fue tomada por el consejo de administración. No existe iniciativa de parte de los residentes, sino más bien que la opción de habitar en un ámbito de este tipo está determinada por la existencia previa de un dispositivo de seguridad, que forma parte del “menú” de prestaciones en el que se expresa el estilo de vida de los enclaves cerrados. Así, el caso de una joven profesional que trabaja en el rubro del marketing:

- Ya estaba, o sea cuando nos mudamos ya estaba, venía como parte de los servicios del edificio.
- O sea que no fue una decisión...
- No, pero si fue una decisión importante para elegir mudarnos ahí. O sea, no elegimos la empresa, pero si lo tomamos en consideración al momento de mudarnos (V., 29 años).

La elección de la residencia esta frecuentemente marcada por un temor que no se basa en las propias experiencias del individuo. Es el caso de un joven profesional que, convencido de que iba a ser secuestrado, intento mudarse sin éxito primero a Miami, luego a Madrid, para regresar luego a Argentina y abandonar su barrio residencial para instalarse en un country (H., empleado en una constructora, 39 años). La combinación de una experiencia de victimización y la inseguridad ambiente percibida en el entorno contribuye en ciertos casos a forzar una mudanza hacia barrios cerrados o hacia edificios de departamentos con seguridad privada:

Toda esa zona se empezó a poner medio fea, que le robaron al vecino, que le robaron en la esquina. Y así, nosotros éramos chicos relativamente y un día entraron al jardín, saltando de medianera en medianera. Y entraron a un cuartito donde guardábamos las bicicletas, el Cohinor, todas esas cosas. Y se llevaron cosas, y entonces ahí medio que se asustaron, como bueno, si me entraron acá, mañana me entran a casa, tengo a todos mis hijos. Ya muchos robos, mucha inseguridad y empezaron a averiguar para mudarnos. Igual ya estaba la idea porque la casa ya nos quedaba chica y todo. Y empezaron a averiguar, y siempre estaba la posibilidad de un barrio privado, pero por una cuestión de seguridad. Provincia se ponía cada vez más feo, y en el 99 nos mudamos (E., empleada de una consultora, 23 años).

Esta configuración de las representaciones y las prácticas fue ampliamente demostrada por las investigaciones sobre la vida en los countries y barrios privados. Así, sobre la base de entrevistas con residentes de este tipo de residencias, Maristella Svampa ha mostrado que las personas que abandonan la ciudad para instalarse en una urbanización cerrada son sumamente sensibles a la cuestión de la seguridad, que frecuentemente asocian con los valores de la familia y la tranquilidad. Algunos de estos nuevos residentes han sido víctimas de delitos, pero la gran mayoría son objeto de una sensación de inseguridad que se funda en la circulación intersubjetiva de experiencias ajenas y en el trabajo sistemático de los medios de comunicación (Svampa, 2001: 89-90, 231-232).

Para los habitantes de nuevos edificios protegidos o de barrios cerrados, el servicio de seguridad forma parte de una oferta más general y sistemática de “vivienda segura” – así presentada por los agentes del mercado inmobiliario – que permite gozar de una libertad sin límites hacia adentro de los límites exteriores de estas fortalezas cercadas. Muchos de ellos han escogido así un lugar de residencia que les ofrece un entorno protegido, que establece claras fronteras con el exterior:

- ¿En qué sentido te da seguridad el country?
- El mío, está al lado de la Panamericana y apenas bajo está, entonces, como no tomo alcohol, en 20 minutos estoy con el auto. Después bajo, esta la guardia y uno se siente protegido. Y una vez que estas adentro te podés mover con total libertad (H. 39, economista, años).

En otros casos, las personas han simplemente buscado un lugar juzgado conveniente y, en el caso de los nuevos edificios de las zonas acomodadas de las grandes ciudades, el control de los accesos por medio de vigiladores forma parte de un nuevo estilo de vida que incluye también el solárium y el gimnasio. De la misma manera que la inseguridad se convirtió en pocos años en un símbolo capaz de organizar toda una serie de presentaciones, sentimientos, disposiciones y prácticas, la seguridad privada se transformo en un elemento omnipresente del paisaje urbano. Para nadie resulta hoy extraño que este tipo de servicio pueda ser adquirido fácilmente en el mercado.

3. Usos instrumentales y rendimiento simbólico del consumo

Las personas que disponen de servicios de seguridad privada, sea en forma electrónica o en las distintas modalidades de vigilancia humana, se sirven de estos objetos exteriores para satisfacer necesidades concretas de protección. En algunos casos, se trata de defender cierto espacio o ciertos bienes. En otros casos, se trata simplemente de “sentirse seguro”: este rendimiento simbólico forma parte de las satisfacciones que asegura esta mercancía particular que es la seguridad privada.

En primer lugar, existe un uso específico de la seguridad privada que confirma lo que había sido anticipado en el momento de la concepción y la producción del servicio:

así, los consumidores, se sirven de este servicio para protegerse. Es frecuente que las personas se sirvan de la vigilancia en el momento de entrar en su casa:

Al tener seguridad, no tengo problemas de horario. Lo que si hago, cuando vuelvo tarde, si entro el auto... a veces dejo el auto afuera, como está la guardia. Pero si entro el auto, tengo la precaución de hacerle señas al policía, que me mire mientras yo entro a casa. Y si no entro el auto, aunque llegue, o me traigan, antes de entrar hago señas, para ver si está atento, y si no está lo espero." En invierno, cuando llego que ya es de noche, paro en la esquina y pongo las balizas. Los de seguridad ya me conocen el auto. Por ahí están mirando en otro lado, o caminando. Por eso yo me hago ver, ellos se acercan y recién ahí entro a mi casa. Siempre que ellos me estén cuidando (...) tomar el recaudo de que me estén mirando cuando entro a casa, porque es el momento que los delincuentes aprovechan, tienen la oportunidad de entrar con uno (A., profesora de inglés, 37 años).

Este testimonio introduce elementos que son recurrentes entre nuestros entrevistados y que muestran que la producción de seguridad se realiza en la interacción, a través del uso que los clientes hacen del servicio que compran en el mercado. La presencia de los agentes de seguridad está profundamente incorporada en las rutinas cotidianas de las personas, que se sirven de sus servicios en vistas de una gestión racional de los riesgos que enfrentan al momento de entrar en sus hogares. De hecho, existe una teoría que comparten empresarios, empleados y clientes sobre el carácter crítico de este acto cotidiano, que contribuye a legitimar tanto la oferta como la demanda de servicios de vigilancia en barrios residenciales. El dispositivo se apoya así sobre estados subjetivos claros y profundos que se encarnan en prácticas concretas.

En segundo lugar, hay usos menos específicos de la seguridad privada que contribuyen a borrar la particularidad de las funciones de seguridad:

Las 24 horas hay una persona en la puerta de acceso, que te toca timbre cuando te conoce y si no te pregunta a qué departamento te dirigís. Si de repente hay algún inconveniente, vos de repente le tocas timbre abajo, si estás en tu departamento, y le pedís por favor, no sé, que el del 8° H baje la música. O le preguntas si el portero está dando vueltas por ahí, porque querés encontrarlo. O le preguntas si está ocupado el salón de usos múltiples tal día, porque querés festejar tu cumpleaños (...) Siempre saludo, hola, chau. A veces charlo. A veces cuando vuelvo con la ropa del Laverap y le digo: 'Me tenés un cachito que voy al súper a comprar algo' (F., empleada pública, 31 años).

En este caso, la función del vigilador se acerca notoriamente a la del encargado de edificio. De hecho, ambas categorías de trabajadores ocupan con frecuencias el mismo espacio físico; hay numerosos casos en los que el vigilador toma el lugar del encargado entre el atardecer y la mañana siguiente. Es frecuente que la interacción con el vigilador sea cordial pero distante y las fugaces conversaciones cotidianas no tratan normalmente sino de cuestiones banales.

El servicio de vigilancia forma parte a veces de un dispositivo que los usuarios consideran como una unidad al servicio de sus fines subjetivos, lo que les permite combinar distintos elementos para procurarse la protección deseada:

Me hace estar más tranquila el hecho de tener seguridad en el edificio. Porque sé que hay alguien que está permanentemente frente a la puerta de entrada. Además tenemos el sistema de Cablevisión, que se ve a través de la pantalla del televisor la puerta de entrada. O sea que también tenemos eso. Y el hecho de entrar con el auto, nosotros tenemos cochera ahí, de pronto de noche ellos siempre están atentos si entra alguien atrás del auto, o si están esperando al auto para que entre. Ellos tienen una alarma, entonces identifican que va a entrar un auto, y ya están ellos ahí mirando. Ellos saben que va a entrar un auto e inmediatamente van, por adentro del edificio, hacia la cochera y te están esperando en la puerta. Y después bajan la rampa, para ver si no viene ninguna persona antes de que cierre la rampa.” (L., empleada de una inmobiliaria, 54 años).

La vigilancia de los ingresos en auto es una prestación sumamente valorada por los clientes. Se trata de un servicio cada vez más generalizado, que casi no existía hace diez años, pero que expresa transformaciones sustantivas en las prácticas cotidianas al tiempo que contribuye a consolidarlas.

En efecto, las prácticas concretas de apropiación de los servicios son acompañadas por un relato que contribuye a constituir las: el sentido de lo que se hace consiste en garantizar la propia seguridad. Esto es más notorio en los casos en que la relación comercial se basa en un fuerte sentimiento de inseguridad: el dispositivo de protección le permite a las personas mantener una mínima normalidad en sus rutinas habituales. En ciertos casos, la seguridad privada les da a las personas la tranquilidad suficiente para poder seguir haciendo cosas que no harían más si no dispusieran de la garantía que ofrece la presencia de un vigilador: estacionar sobre la calle, salir de noche, encargarse del jardín, pasear al perro o lavar el auto en la vereda. En otros casos, sobre todo en quienes tienen una alarma monitoreada, los clientes se sienten más tranquilos a la hora de salir de sus casas para ir a trabajar o cuando se ausentan por vacaciones: de esta manera, el dispositivo de protección libera a las personas de la obligación de quedarse en sus casas.

En los barrios privados, este sentimiento de que la seguridad privada es una condición necesaria para llevar adelante una vida normal alcanza su máxima expresión:

Ahí donde estamos, hay seguridad, es un barrio privado donde tenés seguridad y ahí dormimos con la puerta abierta, se queda todo afuera, no hay ningún problema (A., traductora, 57 años).

Muchos autores han insistido sobre el hecho de que estas nuevas modalidades residenciales ofrecen a sus habitantes un sentimiento inédito de libertad (Caldeira, 2000; Low, 2003; Svampa, 2001). De una manera más atenuada, lo mismo sucede en los edificios de departamentos que cuentan con seguridad privada:

“No estaba buscando departamento con seguridad, pero si me dio tranquilidad. Y ahora, una vez que lo tengo, me da un poco de tranquilidad. Que puedo llegar a cualquier hora, llego a las 2 de la mañana, un sábado o un viernes, cuando salgo, y estoy tranquila de que me deja el taxi en la puerta y está el de seguridad adentro. No tengo que estar dándome vuelta, viendo si hay alguien atrás con un revolver atrás o con lo que sea” (F., 31 años).

De esta manera, la seguridad privada es una prestación que satisface la necesidad material de protección, pero también la necesidad “espiritual” de sentirse seguros. Los habitantes de los distintos tipos de viviendas utilizan distintos mecanismos para proteger sus bienes: rejas, puertas blindadas, alarmas, incluso encargado de edificio o vigilador. Sin embargo, la dimensión más enfatizada es la de ‘sentirse seguro’.

CONCLUSION

En este trabajo, hemos mostrado de qué manera los servicios de seguridad privada ofrecidos en ámbitos residenciales se instauran materialmente sobre el terreno, así como el ajuste de los dispositivos en función de la variedad de condiciones morfológicas en que deben realizarse. Por otro lado, hemos visto a través de qué tipo de prácticas los prestadores y los usuarios realizan una verdadera coproducción de la seguridad. La descripción de los motivos de las personas muestra que la inseguridad es sobre todo una manera de representarse la propia relación con el entorno, antes que la elaboración de las propias experiencias personales. Esto no significa que se trate de una representación ficticia, o una pura ideológica. De hecho, las representaciones son siempre elaboraciones colectivas que se imponen a los individuos. En todo caso, es en la búsqueda de articulación entre las representaciones y las prácticas de consumo que este trabajo ha intentado contribuir a una problematización sociológica de las transacciones mercantiles en el terreno particular de la seguridad privada.

BIBLIOGRAFIA

ARIZAGA Cecilia (2003), *Nuevas urbanizaciones cerradas en los noventa: imaginarios del suburbio en sectores medios*, Documento de trabajo n° 4, Serie jóvenes investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 46 p.

BOURDIEU Pierre (2000), *Les structures sociales de l'économie*, Paris, Seuil, 289 p.

BOURDIEU Pierre (1980), *Le sens pratique*, Paris, Minuit, 1994, 475 p.

BOURDIEU Pierre (1979), *La distinction: critique sociale du jugement*, Paris, Minuit, 1985, 670 p.

CALDEIRA Teresa (2000), *City of walls: crime, segregation, and citizenship in São Paulo*, Berkeley, University of California Press, p. xvii-487 p.

D'ALESSIO Stewart, EITLE David et STOLZENBERG Lisa (2005), "The impact of serious crime, racial threat, and economic inequality on private police size", *Social science research*, vol. 34, n° 2, p. 267-282.

DI MAGGIO Paul, LOUCH Hugh (1998), "Socially embedded consumer transactions: for what kinds of purchases do people use networks most?", *American sociological review*, vol. 63, n° 5, , p. 619-37.

DRUCKMAN Daniel, BENTON Alan, FAIZUNISA Ali, BAGUR Susana (1976), "Cultural differences in bargaining behavior: India, Argentina, and the United States", *Journal of conflict resolution*, vol. 20, n° 3, p. 413-452.

DUBUISSON-QUELLIER Sophie (2003), "Confiance et qualité des produits alimentaires: une approche par la sociologie des relations marchandes", *Sociologie du travail*, vol. 45, n° 1, p. 95-111.

DURKHEIM Émile (1912), *Les formes élémentaires de la vie religieuse: le système totémique en Australie*, Paris, Poche, 1991, 758 p.

DURKHEIM Émile (1895), *Les règles de la méthode sociologique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1990, 149 p.

FOLBRE Nancy (2001), *The invisible heart: economics and family values*, New York, The New Press, xx-267 p.

GODECHOT Olivier (1999), "Le marché du livre philosophique", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 130, p. 11-28.

GRANOVETTER Mark (1992), "Economic institutions as social constructions: a framework for analysis", *Acta sociologica*, n° 35, p. 3-11.

GRANOVETTER Mark (1983), "The strength of weak ties: a network theory revisited", *Sociological theory*, vol. 1, p. 201-233.

GRANOVETTER Mark, SWEDBERG Richard, comp. (1992), *The sociology of economic life*, Boulder et Oxford, Westview Press, 399 p.

KESSLER Gabriel (2006), *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires, Paidós, 295 p.

KLEIN Lloyd, LUXEMBURG Joan, KING Marianna (1989), "Perceived neighborhood crime and the impact of private security", *Crime and delinquency*, vol. 35, n° 3, p. 365-377.

LOADER Ian (1999), "Consumer culture and the commodification of policing and security", *Sociology*, vol. 33, n° 2, p. 373-392.

LORENC VALCARCE Federico (2007), *La mercantilisation de la sécurité: rôles de l'Etat et de l'initiative privée dans la constitution des marches de la surveillance en Argentine*, tesis doctoral, Universidad de Paris 1 Panthéon-Sorbonne, 712 p.

LOW SETHA (2003), *Behind de gates: life, security, and the pursuit of happiness in Fortress America*, New York, Routledge, xi-275 p.

NOAKS LESLEY (2000), "Private cops on the block: a review of the role of private security in residential communities", *Policing and society*, vol. 10, n° 2, p. 143-161.

O'DOUGHERTY MAUREEN (1999), "The devalued state and nation: neoliberalism and the moral economy discourse of the Brazilian middle class, 1986-1994", *Latin American perspectives*, vol. 26, n° 1, p. 151-174.

OCQUETEAU Frédéric (1992), *Gardiennage, surveillance et sécurité privée: commerce de la peur et/ou peur du commerce?*, Paris, CESDIP, 329 p.

PLATTNER STUART (1983), "Economic custom in a competitive marketplace", *American anthropologist*, vol. 85, n° 4, p. 848-858.

PLATTNER STUART (1982), "Economic decision making in a public marketplace", *American ethnologist*, vol. 9, n° 2, p. 399-420.

ROMERO SALAZAR ALEXIS (2002), "Informalización y privatización del control social: respuestas al miedo a la violencia delictiva", *Sociologías*, n° 8, p. 136-151.

SHEARING CLIFFORD, STENNING PHILIP (1983), "Private security: implications for social control", *Social problems*, vol. 30, n° 5, p. 493-506.

SHEARING CLIFFORD, STENNING PHILIP (1981), "Modern private security: its growth and implications", *Crime and justice*, vol. 3, p. 193-245.

SVAMPA MARISTELLA (2001), *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 282 p.

THUILLIER GUY (2002), *Les quartiers enclos: une mutation de l'urbanité ?Le cas de la région métropolitaine de Buenos Aires (Argentine)*, tesis de doctorado, Université [Toulouse II](#) Le Mirail, 386 p.

VARELA CECILIA (2005), "¿Qué significa estar seguro? De delitos, miedos e inseguridades entre los adultos mayores", *Cuadernos de antropología social*, n° 22, p. 153-171.

WEBER FLORENCE (2000), "Transactions marchandes, échanges rituels, relations personnelles: une ethnographie économique après le Grand Partage", *Genèses*, n° 41, décembre 2000, p. 85-107.

ZELIZER VIVIANA, "Human values and the market: the case of life insurance and death in 19th century America", *American journal of sociology*, vol. 84, n° 3, p. 591-610.

ZELIZER Viviana (1981), "The price and value of children: the case of children's insurance", *American Journal of Sociology*, vol. 86, n° 5, p. 1036-56.

ⁱ Este trabajo se inscribe en la investigación colectiva del proyecto Ubacyt S828: "Estado, mercado y seguridad. Interacciones entre actores del sector público y actores del sector privado en la conformación del mercado de vigilancia y protección de bienes y personas", Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad de Buenos Aires. Director: Federico Lorenc Valcarce. Ha contado igualmente con el financiamiento del CONICET.

ⁱⁱ Según un estudio relativamente reciente, el 80% de los edificios porteños de más de 5 pisos tenían un administrador externo. Cf. *Estudio de los determinantes de los gastos de expensas en los edificios de propiedad horizontal*, Secretaría de la Competencia, la Desregulación y la Defensa del Consumidor Ministerio de Economía Subsecretaría de Coordinación de Plan Estratégico Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000, p. 4. Se trata de un estudio por cuestionario administrado a una muestra de 499 consorcios de 5 o más pisos.

ⁱⁱⁱ Este fenómeno claramente observable en la Capital Federal existe también en ciudades como Rosario o Córdoba, según hemos podido verificarlo con nuestros propios ojos.

^{iv} Según la conocida fórmula de Durkheim: "el tipo de vivienda que se nos impone no es más que la manera en que todo el mundo alrededor de nosotros y, en parte, las generaciones anteriores se han acostumbrado a construir las casas" (Durkheim, 1895: 14). Este "alrededor de nosotros" introduce la variabilidad de las formas sociales de la vivienda entre los distintos países y, en nuestro estudio, entre las distintas clases y fracciones de clase. Conviene asimismo volver sobre el uso que Bourdieu hiciera de estas ideas durkheimianas tanto en sus estudios de etnografía kabila como en sus análisis de las variaciones del gusto según los distintos grupos sociales (Bourdieu, 1980: 441-461; Bourdieu, 1979).

^v Las cifras sobre barrios privados han sido elaboradas por la consultora Informe Inmobiliario y publicadas en Demian Doyle, "Un mercado que cambió de rumbo", *Clarín*, 27 agosto 2005, suplemento Countries. La superficie de cada tipo de emprendimiento ha sido calculada por Guy Thuillier (Thuillier, 2002: 189).

^{vi} *Encuesta nacional de gastos de los hogares 1996-1997*, INDEC, 1999. Es evidente que la pregunta está mal formulada, porque obliga a aquellos que no viven en departamento a responder sobre la existencia de seguridad privada en su lugar de residencia, que no es un departamento. El hecho de que no haya un porcentaje elevado de no respuestas muestra que la pregunta fue oída por los encuestados sin mayor atención sobre la fórmula precisa utilizada en el cuestionario.

^{vii} *Estudio de los determinantes de los gastos de expensas en los edificios de propiedad horizontal*, Secretaría de la Competencia, la Desregulación y la Defensa del Consumidor Ministerio de Economía Subsecretaría de Coordinación de Plan Estratégico Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000, p. 4.

^{viii} Dirección Nacional de Política Criminal, *Estudio de victimización en Capital y Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 1999. Se trata de una encuesta administrada en julio de 1999 a una muestra de 5 611 personas de 15 años y más en la región metropolitana de Buenos Aires.

^{ix} "Acuda" es el agente de una empresa de seguridad que se desplaza hacia el local o la vivienda en que se ha declarado un incidente.